

DESBUBRIMIENTO DEL CERRO DE MERCADO.

FUNDACION DE DURANGO.

La celebridad del Cerro de Mercado, de Durango, procede de larga fecha, pues es anterior á la conquista. Los indios tepehuanes que habitaban aquellas tierras, tuvieron siempre una idea muy elevada del gran criadero mineral, porque suponían que contenía oro y plata en abundancia, si bien mezclados con otras substancias que ellos no conocían, por lo que no podían utilizar los preciosos metales. Esta idea se fué propagando entre los indios de las tribus circunvecinas, como los zacatecos, cascanes, coras y nayaritas; los cuales, especialmente estos últimos, comunicaron la existencia de aquel cerro, con sus tradiciones de inmensa riqueza, á los españoles que penetraron á la Nueva Galicia con Don Nuño de Guzmán.

Todos los historiadores de la conquista están contextes en que los conquistadores estuvieron dominados en distintas épocas por tres grandes preocupaciones, que halagaban dulcemente su desmesurada ambición de riquezas.

El intrépido genovés Cristóbal Colón, el primero de los conquistadores, vivió el último tercio de su existencia enteramente preocupado con el descubrimiento de lo que llamaba "Islas de la Especiería," preocupación que se hizo extensiva hasta Hernán Cortés, que gastó una gran fortuna en armar escuadrillas en el Pacífico, y guiarlas al descubrimiento, sin más resultado que haber descubierto él mismo las Cali-

fornias. El adelantado de Guatemala, Pedro de Alvarado, también tuvo la misma preocupación, por lo cual reunió la flota con que se presentó en el Puerto de la Natividad en 1541, de donde vino con parte de su fuerza á auxiliar á Guadalupe, sitiada entonces por los zacatecos y cascanes, que se retiraron al Peñón de Nochixtlán, donde derrotaron al valeroso caudillo español, de cuyas resultas murió en Guadalupe.

La otra preocupación de los conquistadores era la posesión de la llamada Provincia de Quivira, nueva tierra de promisión de fantástica riqueza, confusamente descrita al Virrey Mendoza por el soldado español, Juan Núñez Cabeza de Vaca, y sus tres compañeros de infortunio que lograron arribar á México, después de ocho años de penurias y trabajos sin cuento, pasados entre las tribus indígenas del Norte y Occidente del país, á causa del desastre que sufrió la expedición que mandó Pánfilo de Narvaez á descubrir La Florida.

El proyecto de descubrimiento de la Provincia de Quivira fué causa de que se enfriasen las relaciones que antes eran tan cordiales entre el Virrey Mendoza y el Capitán General Cortés, porque cada uno por su parte quería ir personalmente á hacer el famoso descubrimiento. Por último, ambos lo emprendieron: Mendoza por medio del Gobernador de la Nueva Galicia, D. Francisco Vázquez Coronado, por tierra, y por mar con la flota de Alvarado dividida en dos secciones; y Cortés por medio de sus Capitanes en una expedición marítima que, lo mismo que las del Virrey, tuvo un fin desastroso.

La tercera y última preocupación de los españoles fué el descubrimiento de la Montaña de Plata (ahora Cerro de Mercado), que suponían situada en términos de la Nueva Galicia.

Entusiasmado D. Nuño de Guzmán con las exageradas relaciones que le hacían los nayaritas de la riqueza de la Montaña, mandó al Capitán Pedro Alméndez Chirinos que

hiciese una entrada por aquellas tierras y tomase posesión de las minas; pero habiendo llegado Chirinos hasta Topia con grandísimos trabajos y después de haber sostenido muchos combates con los indios, regresó por Culiacán á Tepic, donde se hallaba D. Nuño de Guzmán. Poco después llegaron también los Capitanes Angulo y Oñate y dieron razón de haber atravesado la sierra del Norte, sosteniendo combates con los indios guerreros que se mantenían únicamente de la caza, habiendo llegado hasta los valles llamados después de Guadiana y de Poanas; pero sin descubrir el famoso cerro.

Enterada la Audiencia de la Nueva Galicia algunos años después del resultado de estas expediciones y deseosa de ensanchar sus dominios, determinó mandar una expedición para que tomase posesión de aquellas tierras y de la Montaña de Plata. A este fin hizo ir á Compostela al esforzado caudillo Ginés Vázquez del Mercado, caballero noble y rico, y habiéndole nombrado Capitán General, le encomendó la expedición. Volvióse éste á Guadalajara donde residía, mandó tocar cajas y clarines con banderolas de terciopelo, puso tiendas de campaña muy vistosas, reclutó cien hombres con los cuales venció á los indios de Xocotlán que estaban alzados y siguió su derrotero, guiado por unos indios de Valparaiso que le aseguraban que *en tierra adentro había un cerro todo de plata en unos llanos grandes*. Pasó por el Valle de Ranchos y Sombrerete hasta Avino: al llegar cerca del cerro llamado de plata buscó á los guías para preguntarles si era el que estaba mirando, y como se le contestó que ya se habían ausentado, dijo muy ufano: "*á buen tiempo se han ido, que tenemos ya á la vista el cerro de nuestra ventura.*" Todos se alegraron y le decían "esta es la riqueza porque tanto se han fatigado los primeros hombres; esta es la que el Virrey Don Antonio de Mendoza envió á buscar por mar y tierra; este es el cerro que Coronado no pudo hallar, porque ya Dios lo tenía para que fuese de Mercado" (nombre que tomó desde entonces); más cuando llegaron al criadero se vie-

ron completamente burlados en sus esperanzas; pues algunos soldados vizcainos conocieron que era mineral de fierro. El Capitán General, decepcionado, triste y melancólico, porque había consumido inútilmente su fortuna, se volvió por donde había ido, y como la tropa no guardaba disciplina, al llegar la expedición á una ciénaga cerca de Sombrerete fué sorprendida en la noche por los indios de Sain y otros puntos, resultando del combate dos españoles muertos y algunos heridos, entre ellos Don Ginés Vázquez del Mercado, de cuyas heridas murió en el camino y su cadáver fué enterrado en Juchipila: esto sucedió al terminar el año de 1552.

Estas tres grandes preocupaciones que bien se puede llamar quimeras, perseguidas con tanto tesón por los conquistadores, fueron la causa de los asombrosos descubrimientos que cambiaron la faz del mundo en el siglo XVI.

Ya he dicho, en mis artículos anteriores, que el valeroso Capitán Don Juan de Tolosa, uno de los fundadores de Zacatecas, fundó también el Real de Sombrerete en 1555, y ahora añadiré que en esa expedición dejó establecidas poblaciones en San Martín de la Noria y Chalchihuites, siguiendo su marcha hasta Avino, cuyo Mineral descubrió y dejando en el Real algunos españoles y mexicanos, regresó á Zacatecas dos ó tres años después. El español Martín Pérez á quien dejó Tolosa en San Martín descubrió en 1558 las minas, habiendo ido sucediéndose rápidamente los descubrimientos minerales de Ranchos, Chalchihuites, Sombrerete, Santiago y Nieves. Como el primer descubrimiento minero fué el de San Martín, muy pronto ocurrieron en gran número españoles y mexicanos al rumor de la bonanza, por lo cual creció la población de tal modo que la Audiencia creyó conveniente nombrar Alcalde Mayor de San Martín y sus agregados á Don Diego Colio, ordenándole que fundase una villa en el punto más á propósito de su Distrito.

Fundó la de Nombre de Dios en 1562, donde hoy existe, seducido por la abundancia del agua y fertilidad de la tierra.

Poco tiempo después, Don Francisco de Ibarra, que descubrió el Mineral de Fresnillo en 1554, fué nombrado en comisión por el Virrey Don Luis de Velasco, para tomar posesión de las tierras que había entre el Occidente y Norte, esto es, entre la provincia de Pánuco y el Reino de la Nueva Galicia. Emprendió su marcha con buen acompañamiento é inclinándose al Poniente llegó hasta Sinaloa y Culiacán, cuyas tierras repartió entre sus compañeros. A su regreso hizo alto en San Juan del Río, en cuyas inmediaciones fundó algunas encomiendas. Recibió cédula del Emperador confirmando en su nombramiento y ordenándole que prosiguiese en su conquista y que la tierra conquistada se llamase Reino de Nueva Vizcaya.

Con motivo de haber sostenido el Alcalde Mayor de San Martín, Don Diego Colio, su jurisdicción sobre la Villa de Nombre de Dios, como perteneciente á la Nueva Galicia, Ibarra reunió doscientos hombres para impedir la invasión, sosteniendo los fueros de la Nueva Vizcaya, en tanto que salía de San Martín y Zacatecas una fuerza igual á las órdenes del visitador Don Juan Bautista Orozco, mandado por la Audiencia de Guadalajara; y cuando parecía inevitable un encuentro entre ambas fuerzas de españoles, se interpuso el Alcalde Mayor de Zacatecas Don Diego de Ibarra, hombre muy popular y de gran prestigio por sus méritos personales y sus cuantiosas riquezas: era yerno del Virrey Don Luis de Velasco y tío de Don Francisco de Ibarra, por lo cual logró orillar el conflicto.

Estando Ibarra en San Juan del Río en el año de 1563, envió al Capitán Alonso Pacheco á fundar una colonia en los llanos que desde entonces se llamaron de Guadiana, para lo cual le dió ganados, semillas, herramientas y la gente necesaria. Pocos meses después vino Ibarra á activar la fundación y organizar la administración municipal de la que llamó Villa de Durango, en memoria de la población del mismo nombre en España, de la cual era nativo, y en 8 de

Julio del mismo año se hizo la solemne erección de la ciudad, Capital del Reino de la Nueva Vizcaya. Tuvo tal predilección por esta ciudad el conquistador que gastó toda su fortuna en hermosearla y embellecerla, y para acrecentar violentamente la población compró una mina en el rico Mineral de Avino y la cedió íntegra á todos los que quisieran trabajarla, indios ó españoles, con la única condición de que establecieran casas en Durango y se obligaran á defenderla de las incursiones de los indios, entonces sublevados y arranchados en las serrranías de Gamón y Santa María. Este rasgo de generosa y ejemplar liberalidad puso en circulación muy pronto más de ochocientos mil pesos entre los Duranguenses, quienes protegiendo á la vez la ciudad y el Mineral impulsaron la explotación de Avino, en términos de que se elevó la producción de plata, en aquella época, á ochocientos ó mil marcos semanarios. Trabajóse la mina á tajo abierto desde la cumbre del cerro que presenta hoy una abra ó zanja de más de dos kilómetros, con quince ó veinte metros de ancho y ochenta de profundidad.

Algunas veces he hecho merecidos elogios del Capitán Don Juan de Tolosa, por su valor, su actividad, su prudencia y su desprendimiento; pero debo confesar, en obsequio de la verdad y como homenaje merecido á la justicia, que le aventajó en tan apreciables cualidades el conquistador de la Nueva Vizcaya, Don Francisco de Ibarra. Era de carácter activo y todo lo que emprendía lo llevaba al cabo, por esto es que, con un empeño y energía notables, descubrió y pacificó en poco tiempo un reino tan opulento y rico como el de Nueva Vizcaya: era Ibarra de trato afable y cariñoso y tan pródigo en su generosidad que se atraía todas las voluntades, especialmente de sus soldados que le querían con idolatría. Los historiadores le llaman, con razón, el *fénix* de los conquistadores y no ha habido un solo escritor que haya empañado el brillo de su memoria. La antigua y hermosa ciudad de Durango le debe su existencia y el haber disfrutado el rango honroso

de ser la Capital del Reino de la Nueva Vizcaya desde su fundación.

¡Qué contraste tan singular presentan los dos españoles célebres á quienes me he referido especialmente en este artículo!

Ginés Vázquez del Mercado, á quien le costó la fortuna y hasta la vida el descubrimiento del famoso Cerro que lleva su nombre; y Francisco de Ibarra que ganó honra y fortuna con el descubrimiento y fundación del Reino de Nueva Vizcaya y especialmente de su Capital: Durango.

La *Montaña de Plata*, buscada con tanto ardor por los conquistadores, es hoy el Cerro de Mercado, que no por ser de fierro deja de tener un valor inmenso para la industria nacional en el porvenir.

DESCUBRIMIENTO DEL MINERAL DE TASCO.

(A mi hijo Rafael.)

El Mineral de Tasco es uno de los más famosos del país, no tanto por la riqueza ó abundancia de los frutos de sus minas, cuanto por su antigüedad y porque algunas de ellas fueron trabajadas por el Marqués del Valle, descendiente inmediato del conquistador Hernán Cortés.

Es muy común la opinión, entre los escritores públicos que se han ocupado de asuntos mineros, de que Hernán Cortés trabajó minas de plata en Tasco, desde los primeros años de la conquista; y es tanto lo que se ha repetido esta especie en publicaciones notables y hasta monumentales, que he creído necesario detenerme largo tiempo en mis investigaciones históricas, á fin de poner en claro este importante asunto. Los primeros historiadores de México, esto es, los que escribieron á raíz de la conquista, no hacen mención alguna de este hecho, que por su gran importancia debió llamar naturalmente la atención pública en aquella época memorable; y sólo se halla en algunos historiadores y cronistas la noticia de que deseando Cortés fundir unos cañones en Mexico y habiéndolo sabido que los naturales de Tasco empleaban en sus cambios unas piezas pequeñas de cobre y estaño fundidas, mandó allá unos comisionados, que le trajeron muestras de dichos metales. Véase cómo refiere el conquistador este suceso notable, en una de sus cartas dirigida al Emperador Carlos V.